

SUMARIO

La desorganización turca.—Kuropatkin y sus generales.—El cartucho del porvenir.—Apuntes para un estudio militar de la batalla de las Navas de Tolosa, por Federico Pita, capitán de infantería.

BIBLIOTECA

Pliego 40 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Pliegos 15 de «La instrucción de tiro con ametralladoras en el extranjero».
Pliegos 5 y 6 de «Una visita al ejército ruso», por D. Carlos Requena.

LA DESORGANIZACIÓN TURCA

A pesar de que las victorias más decisivas que los aliados obtuvieron contra los turcos en la primera campaña, fueron las alcanzadas por los serbios y los griegos, la opinión militar sigue concediendo más importancia, con razón, á las batallas que tuvieron lugar en Tracia, porque en Macedonia y en el Epiro las tropas otomanas estaban en tal grado de desorganización y abandono, que fueron deshechas al primer empuje de las armas enemigas, no faltando caso en que la derrota tuvo como principal origen la torpe conducta y la escasa lealtad de los generales turcos.

Los partes breves, exactos, grandiosos en su concisión, de los generales alemanes en la guerra de 1870-71, no han llegado á formar escuela. En 1877-78, los rusos no pecaron por exceso de modestia; los japoneses en 1904-5 se revelaron maestros en el arte de exagerar los éxitos propios y atribuir derrotas al enemigo; pero estaba reservada á los búlgaros la idea de inventar batallas y dar versiones de las mismas completamente fantásticas y apartadas de la verdad. La circunstancia de no haberse permitido á los corresponsales de la prensa, ni á los agregados militares, seguir de cerca las operaciones, la mayoría de las cuales no hubo extranjero que las presenciara, favoreció los planes de los búlgaros, creándose alrededor de los combates de Tracia una falsa aureola que, por el momento, dió gran reputación y fama á los generales búlgaros y á sus tropas. Pero aquellos territorios están demasiado cerca del centro de Europa, y habitan tantos extranjeros en Constantinopla, Sófia, etc., para que la leyenda pudiera perdurar mucho tiempo, de modo que hoy ya no cabe duda que los éxitos de los búlgaros fueron los mínimos posibles dado el estado en que se hallaba el ejército turco, y que cualquiera ejército alemán, austriaco, ruso, francés, etc., habría dado cima y remate definitivo á la guerra en menos de quince días.

De aquí resulta que el interés militar reside, no en el estudio del ejército victorioso, sino en el conocimiento del derrotado; ocurriendo una cosa contraria á lo que ha acontecido después de todas las guerras. Ello comprueba que los búlgaros no ganaron la campaña, sino que fueron los turcos quienes la perdieron.

Una de las causas de la derrota de Kirk-Kilisé y del desbarajuste que á ella siguió y que tanta parte tuvo en la de Bunar-Hisar, Lule-Burgas, fué la composición especial de las unidades turcas. Desde luego, no ha de desconocerse cuán equivocadamente procedió el generalísimo turco enviando al N., al ataque, á un ejército que ni estaba movilizado, ni siquiera preparado para marchar en tiempo de paz; que no había organizado ningún servicio de retaguardia, que no existía plan de campaña, ni acuerdo entre los generales; que la caballería fué mal empleada, etc., etc. Pero todos estos defectos, con ser graves, y bastantes para justificar la derrota, no explican, ni pueden explicar, la descomposición de las tropas al ponerse en contacto con el enemigo, porque el valor del oficial y el soldado se hubieran revelado y puesto de manifiesto, aunque la victoria, por culpas ajenas, les volviera la espalda; y á nadie es lícito, como lo están demostrando los acontecimientos de la segunda campaña, dudar de la bravura individual de los turcos.

¿Cómo se explican los pánicos inmotivados desatados en las filas turcas? ¿Cómo las desbandadas y las fugas, sin que el enemigo atacara y á veces sin que ni siquiera pensara atacar? Ni el hambre, ni el cansancio, ni la confusión de las órdenes, bastan para aclarar hechos tan vergonzosos. Y, por otra parte, mientras unos cuerpos se batían bien, otros se deshacían como polvo y se dispersaban en todas direcciones.

Lo ocurrido, sin embargo, no tiene nada de sorprendente; lo extraño fuera que las cosas se hubieran desarrollado de otro modo.

En los últimos cinco años, el ejército turco se había dividido en dos castas: la de los oficiales intrigantes y políticos, y la de los resignados. Los primeros, unas veces en auge y otras en desgracia, dieron lugar á que el Gobierno ordenara innumerables traslados y cambios de guarnición, de los que solían también ser víctimas los segundos, resultando de ello, que nadie tenía apego á su cuerpo, no se consideraba destinado definitivamente en él. Por iguales motivos políticos, fué menester reducir el número y la categoría de las clases de tropa, y se abandonó el plan de organización de las reservas, comenzado en tiempos de von d'ér Goltz, por temor á que esta clase del ejército constituyera un nuevo motivo de discordia nacional y de perturbación política. El soldado quedó punto menos que abandonado, y así permaneció en los tres últimos años; el ejército era para muchos el arma ó el escabel para alcanzar elevadas posiciones, nada más.

Cuando la guerra se hizo inminente, se trató de remediar aquel ver-

gonzoso estado, pero era ya tarde; los sucesos se precipitaron de tal manera, que sólo hubo tiempo para decretar una movilización apresurada, sin que para ella se hubiesen adoptado las necesarias medidas de previsión. Con batallones que en tiempo de paz tenían 300 ó 200 y aun menos hombres, fué forzoso constituir unidades en pie de guerra. Los depósitos de reserva apenas funcionaban, se había perdido el rastro de los reservistas, nadie se había preocupado de los redifs, que, como unidades, sólo existían en la mente de los generales, pues ni casi en el papel figuraban. Por otra parte, se carecía del número indispensable de oficiales: muchos habían ascendido y había plétora en los empleos superiores; otros, y no en corto número, fueron dados de baja ó tuvieron que abandonar más ó menos voluntariamente el servicio; y las escuelas militares funcionaban mal.

En presencia de estas dificultades, el Ministerio de la Guerra tenía á su disposición dos métodos para movilizar el ejército: 1.º limitar el efectivo en pie de guerra al que buenamente pudiera alcanzarse con la incorporación de los reservistas de la primera clase, pasando todos los demás individuos disponibles á los batallones del redif; 2.º completar el efectivo de guerra mediante el destino de redifs á los cuerpos de primera línea. Este segundo método fué el aceptado, y es probable que no hubiera dado resultados completamente malos, si los cuerpos hubieran tenido en tiempo de paz una cohesión de que carecían, por los motivos apuntados, y si se hubiera podido disponer del número suficiente de oficiales para organizar muchos batallones de redifs. Como quiera, es lo cierto, que en el ejército de Tracia—y todavía fué peor lo acontecido en Macedonia y Albania—fué menester verter en los cuerpos de primera línea innumerables reservistas de segunda clase, hasta el punto que muchos batallones contaban con tres quintos de redifs y dos quintos de verdaderos soldados; algunos cuerpos sólo tenían un quinto de estos últimos. Por otra parte, como había de procederse con toda urgencia y sin perder un solo momento, para nada se tuvo en cuenta al ordenarse esta incorporación el grado de instrucción militar que habían recibido los redifs, dándose el caso de que muchos de ellos, destinados en los batallones que iban á resistir el primer choque de los búlgaros, no habían cogido nunca un fusil moderno, ni sabían lo que era un cargador.

Fácilmente se comprende que la movilización, hecha en esta forma, fué una verdadera desorganización, el desquiciamiento completo de todo el ejército; lejos de quedar los reservistas encuadrados en los nuevos cuerpos á que eran destinados, desencuadraban á los soldados que ya servían en ellos y les hacían perder la solidaridad y cohesión existentes. Si á esto se agrega: la escasez de oficiales, la falta de sargentos, la completa separación entre los oficiales subalternos y la tropa, y todas las deficiencias de los servicios de intendencia, no habrá quien se admire de lo que aconteció á los pocos días.

El redif, metido en un batallón de primera línea, en lugar de sentirse confortado y seguro, se vió abandonado y considerado como un estorbo por sus jefes y camaradas; sin saberse servir del fusil, sin haber practicado el tiro, ignorante de los más elementales principios del fuego, al verse acometido por el enemigo, y considerarse prácticamente desarmado, no podía menos de echar á correr. Y como los frentes de batalla se cubrían atendiendo á la fuerza nominal que figuraba en los partes, y no á la efectiva de los cuerpos, resultaba que 200 soldados, por ejemplo, tenían que cubrir una línea que exigía 700, quedando en inferioridad inmensa respecto al enemigo; verdad es que á más de los 200 soldados había 500 redifs, pero ellos no hacían más que aflojar los lazos que existían entre los primeros y dificultar el libre movimiento de los resortes del mando.

Por si esto fuera poco, figuraban en los cuerpos de ejército del ejército de Tracia, no pocos batallones de redifs. Con decir que en tales batallones había apenas un oficial, está dicho todo; los demás oficiales estaban tan ignorantes de la profesión de las armas como sus subordinados; los más de ellos eran empleados de los diversos ramos de la Administración, de categoría y sueldos muy modestos, no faltando otros empleados de casas y entidades particulares.

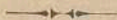
Los defectos mencionados hubieran sido algo menores si los órganos de la movilización no se encontraran completamente enmohecidos. Había entre los redifs y en los reservistas de primera categoría muchos individuos que en su tiempo fueron buenos soldados y que al cabo de algunos meses de guerra lo han vuelto á ser; pero en las primeras operaciones se condujeron, con corta diferencia, tan mal como los que jamás habían visto un fusil de tiro rápido.

Como se ha indicado ya, los depósitos de reserva puede decirse que no funcionaban y que habían sido casi totalmente desatendidos; de esta suerte, al ordenarse la movilización, en lugar de hacerse el destino de los hombres por reemplazos y categorías, como estaba previsto en el papel, la incorporación se efectuó de un modo análogo á las famosas levás de la Edad Media, yéndose á la caza de los reservistas y enviándolos en masas heterogéneas á los cuerpos; sólo se atendía á que el número destinado á cada unidad fuera el requerido, y ni aun así pudo alcanzarse por punto general. Aquello fué una exacta imagen del espíritu oriental manejando los resortes de la organización moderna.

Gracias á la pasividad de los búlgaros después de sus primeras victorias y á su escasa acometividad, el general Nazim, después de Lule-Burgas, pudo poner remedio en aquel caos, y hacer frente al ataque enemigo contra las líneas de Tchataldya, en donde los búlgaros sufrieron su primer revés. Para ello, lo primero que hizo fué disolver los cuerpos de redifs que formaban parte del ejército de primera línea; extraer de los cuerpos activos todos los redifs que había en ellos, refundir estos cuerpos

activos en menor número de unidades, llevar á retaguardia los contingentes de redifs que aun no habian desertado y poco á poco irlos clasificando con arreglo á la instrucción que habian recibido y al reemplazo á que pertenecian. El ejército que se batió en la segunda quincena de noviembre, ningún parecido tenia con el que habia luchado en la segunda de octubre.

Y de un modo fehaciente quedó demostrado que la masa, cuando se obtiene prescindiendo de los demás requisitos, de nada sirve, y que la fuerza de los ejércitos, ni en tiempos de Xerxes, ni ahora, se mide ni puede medirse por el número de hombres que como soldados, sin serlo á veces, figuran en los ejércitos.



KUROPATKIN Y SUS GENERALES (1)

En su memoria de febrero de 1866, titulada "Recuerdos íntimos y comentarios sobre la campaña contra Dinamarca en 1864", escribió el príncipe Federico Carlos: "Lo que yo busco en la historia de la guerra, lo que precisamente quisiera enseñar por mi situación personal, no lo encuentro. Los móviles más íntimos, que son cabalmente los que engendran los sucesos, cómo se desarrollan, menos en lo grande, que á veces será reservado, que en lo pequeño, principalmente lo que se refiere á las mismas personas—la historia del corazón de los hombres, cómo vacila y fluctúa hasta tomar una resolución,—no lo encuentro en ninguna parte. Y sin embargo, el corazón humano, las dotes propias y los conocimientos prácticos y tácticos, que ejercen su acción sobre los subordinados, constituyen el secreto de todas las guerras, de todos los éxitos. Es necesario estudiar estas cosas para ponerse en condiciones de ejercer el mando. Yo lo he procurado y algo he hecho en este sentido, aunque nada he conseguido por la mera lectura de la historia de la guerra.,"

Aunque no en aquellos términos absolutos, las ideas del Príncipe todavía son hoy de actualidad, si bien le podríamos ofrecer ya libros de historia en que se satisface ampliamente su demanda. La historia actual se fija mucho más que en aquel tiempo en los móviles de las acciones; ella es más psicológica. Ello es tanto más necesario si se tiene en cuenta que la técnica progresa sin cesar y la interpretación de las órdenes es siempre acto mecánico; por lo cual "la historia del corazón de los hombres, cómo vacila y fluctúa", reclama la misma preponderante importancia que en la época del príncipe, toda vez que allí reside "el secreto de todas las guerras, de todos los éxitos,.". Por esto señalamos con especial satisfacción la

(1) Kuropatkin y sus generales. Crítica y lecciones de la guerra ruso-japonesa por el teniente Coronel Frhr. v. Tettau.—Berlín, 1913.—Mittler é hijo.—9 marcos.

meritoria labor del traductor de la obra del Estado Mayor ruso sobre la guerra de la Manchuria, que además nos acaba de ofrecer una viva pintura de los sucesos del teatro de la guerra, bajo el título "Kuropatkin y sus subordinados"; historia crítica de la guerra ruso-japonesa presentada desde el punto de vista psicológico en primer término. Nadie podría desenvolver mejor el tema porque von Tettau conoce personalmente al ejército ruso lo mismo en paz que en guerra.

Expone como preliminar las ideas imperantes en el ejército ruso antes de la guerra, el estado de cultura de aquel pueblo, lo poco aptos que son los habitantes para el combate por el fuego moderno, el escaso desarrollo intelectual de gran parte del cuerpo de oficiales, y nos presenta á Kuropatkin como excelente organizador y director de tropas en la campaña de 1880-81 en Geok-Tepé, bajo el mando de Skobelev, cuyo jefe de Estado Mayor había ya sido en la guerra contra Turquía, en 1877-78. Se esperaban, por lo tanto, grandes cosas de Kuropatkin, cuando en 1904 se le nombró para el mando del ejército de la Manchuria. El viejo y enfermo Dragomirov veía más claro. Preguntó receloso quién era el que valía, si Skobelev ó Kuropatkin. Con razón escribe el teniente coronel von Tettau: "La historia de la guerra muestra á menudo el caso de renombrados generales, que fracasan cuando se ponen á la cabeza de un ejército. Ejemplo: Benedek, el héroe de Solferino; pero antes declaró que no había nacido para caudillo, y sólo tomó el mando contra sus deseos y obligado por las circunstancias. Kuropatkin, al contrario, no dudaba de sus condiciones de jefe., El caso de Benedek y Kuropatkin se repite á menudo cuando un general pasa súbitamente del segundo lugar al primero. Los mariscales de Napoleón, y también Steinmetz en 1866, ofrecen el mismo ejemplo. Un proverbio francés dice: "Tel s'éclipse au premier qu'il brille au second".

Si Kuropatkin carecía de dotes para el mando en jefe, tampoco tuvo habilidad para escoger sus auxiliares y subordinados. Pertenecían á la masa vulgar del ejército, desconocían el Asia y algunos ocuparon sus nuevos puestos sin que al principio conocieran las obligaciones que les habían caído en suerte. Las consecuencias de esto fueron un gran número de conflictos. Ninguno de los cuatro generales que al principio de la guerra encontramos mandando Cuerpo, había ocupado este puesto en tiempo de paz, ni conocía ni estaba familiarizado con las tropas. Otros generales, que habían ya adquirido en la guerra un nombre prestigioso, como el teniente general conde Keller, fueron nombrados desde puestos que hacía años estaban apartados de las tropas: dicho general era, al principio de la guerra, Gobernador de Yekaterinoslav, esto es, jefe de la Administración civil. Rennenkampf, casi siempre jefe de caballería, fué puesto al frente de una columna compuesta principalmente de infantería. Mitchenko, comandante de un cuerpo de caballería, era artillero.

La ambigüedad en las relaciones de mando, producida por hallarse al

principio subordinado Kuropatkin al virey del Extremo Oriente, almirante Alexeiev, ha sido ya comentada al ocuparnos de la traducción de la obra del Estado Mayor ruso, así como los sucesos que tuvieron lugar en aquella guerra. En "Kuropatkin y sus generales" completa el teniente coronel von Tettau aquella obra rusa, con múltiples comentarios sobre las personas desde un punto de vista muy acertado. Casi es de lamentar que esta parte tan interesante del trabajo esté expuesta casi siempre en forma de notas; si bien hay que tener en cuenta que de otro modo el texto hubiere resultado muy extenso. El autor expone también una corta y compendiosa historia de la guerra, gracias á la cual logra mejor su objetivo principal. En esto se encuentra el mérito de su libro, porque no está al alcance de todos profundizar en un libro tan voluminoso como la traducción de la obra del Estado Mayor ruso. Bajo la forma característica de anotación, hace resaltar la declaración del general Kuropatkin: "La nación habrá de acostumbrarse á las derrotas", así como la proposición del cuartel-maestre general del Ejército, general Charkevitch, después del descalabro de Vafangú, para que el cuerpo del general Stackelberg ocupara una posición más sólida y que en caso necesario tuviera sus comunicaciones á cubierto.

De Kuropatkin dice un autor ruso: "A él, como hombre, le era poco agradable estar junto á las tropas. Las minucias del servicio ordinario le preocupaban, y cada vez era más exigente en ellas; en las órdenes á las tropas del grupo del Sur, expuso directivas é ideas generales que resultaron bastante obscuras. De Stackelberg no sabemos nada más que lo hecho en nombre del general Kuropatkin. Primeramente mandó como comandante de cuerpo de ejército; luego como jefe de división, y, por último, como jefe de regimientos y compañías. Estos cometidos le eran cada vez más difíciles, así como el apreciar la situación fundada en los objetivos y propósitos del adversario". Conocido es ya lo sucedido con la posición de Tachichao, que suscitó graves discusiones por si había de sostenerse ó no; el cuartel-maestre general opinaba que la posición era excelente y que la presencia personal de Kuropatkin en ella garantizaba la victoria, á lo cual éste asintió inclinando la cabeza; pero entonces el jefe de Estado Mayor, general Sakarov, sostuvo que la posición no era tan buena como decían; expuso sus temores, manifestando que las miradas del ejército y del pueblo están puestas en Kuropatkin, y añadió: "Hasta ahora, podemos decir que solamente han sido batidos Zaslitch y Stackelberg, y podemos abrigar la creencia de que cuando el comandante en jefe tome las riendas en sus manos nos acompañará la victoria; pero si somos vencidos en Tachichao, desaparecerá nuestra última esperanza"; Kuropatkin se sumió en mudas meditaciones, y finalmente ordenó la retirada sobre Haitchen.

Allí reunió á todos los comandantes y les dijo: "Ruego á ustedes participen á las tropas, que desde hoy no habrá más retiradas. Nos defende-

remos en las posiciones que ocupamos, hasta el último trance, hasta el momento de que podamos pasar á la ofensiva". El coronel Martinov refirió en sus recuerdos de la guerra, que las tropas recibieron estas palabras con entusiastas "hurras". Y como la retirada prosiguiera, el coronel Martinov añade: "Yo ignoro lo que Kuropatkin sintió; pero declaro que me avergüenzo de que sus palabras engañaran á mi regimiento". Las consecuencias son conocidas. Durante la retirada que siguió al desgraciado combate de Vafangú, el primer cuerpo siberiano fué atacado de "un pánico que degeneró de un estado de nerviosidad". En la retirada de Haitchen hacia Anchanchán, se manifestó el deplorable estado de ánimo de las tropas en numerosos pánicos, "estando todo el camino de marcha obstruido por trenes y tropas, que no cesaban de cruzarse, molestandose y empujándose, con deseos de descansar y sin orden ninguno en sus movimientos; era un caos completo". Kuropatkin escribe ciertamente en su alegato de descargos: "Los descalabros nos fortalecían para el combate. Esta feliz circunstancia, de que solamente es capaz el ejército ruso, y la de no estar debilitadas nuestras tropas, nos hacía abrigar la confianza de que la campaña con Japón terminaría con la victoria de nuestras armas,, (1).

A pesar de estas ponderadas excelencias del ejército ruso y de su alabada confianza en el general en jefe, y á pesar de todo lo que se ha dicho, interesa recordar cuanto ocurrió en aquella guerra en el ejército ruso para que no se tilden de exageradas las críticas que formula el teniente coronel von Tettau. Algo análogo aconteció antes de nuestras derrotas de 1806, de donde se deduce la consecuencia de que las exageraciones en materia tan grave conducen siempre á resultados contraproducentes. Por lo demás, los juicios que sobre una guerra desgraciada formulan sus contemporáneos, han de aceptarse con restricciones. Así las advertencias á Prusia en su gran catástrofe, de Clausevitz, no las admite ya en absoluto la depurada crítica histórica. La abundancia de la literatura rusa en la que se juzga con poca benevolencia la dirección de la guerra en Manchuria, ha de ser mirada con cierta desconfianza. Hubo ciertamente equivocación en la orden dada por Kuropatkin al general Zaslitch: "Aprovechando la configuración del terreno, debe usted dificultar el paso del Jalú por el enemigo y su avance hacia las montañas de Finsiaolin,,; y añadió todavía: "Además, evitará usted por todos los medios un combate decisivo, para que no se siga una retirada hacia el grueso de nuestro ejército, y para no exponerse á una derrota".

¿Acaso no hemos oído nunca que se diera una orden análoga á cualquiera de los comandantes de columnas avanzadas, sea en maniobras ó en ejercicios sin tropas, bien en el terreno ó en el plano? ¿No han caído también muchos de nuestros primeros generales en el error que tanto se censura á Kuropatkin?

El teniente coronel von Tettau dice que ha visto deplorables muestras de las labores del tiempo de paz del ejército ruso y de sus generales, que apenas habían leído las enseñanzas de Plewna, pese á la frase de Kuro-patkin: "Las faltas que allí hemos cometido, no se repetirán más". Pero el que se ha ocupado mucho en la historia militar sabe que tales olvidos son muy humanos y se repiten en todos los ejércitos. El general no extrañó demasiado lo acontecido y dijo resignado que su empeño se cifró en obtener la victoria, y que las enseñanzas de las guerras anteriores no habían sido apreciadas por la mayoría, lo cual, por otra parte, es verdad. Si el conocimiento de la historia de la guerra fuera más general—lo que sin duda alguna es más fácil, dada la baratura de los libros,—no se formarían juicios tan poco fundados y tampoco se reputarían las enseñanzas de una guerra entre dos Potencias extranjeras como cosas absolutamente nuevas. El teniente coronel von Tettau cita un error cometido en la organización del ejército ruso de la Manchuria, el destacamento de cazadores, contra el que se declara con energía, á nuestro juicio con razón. Según él, "fueron incalculables los daños que se causaron á las tropas, por quitarles de las filas los hombres más ágiles y resistentes. El defecto observado á menudo de falta de cohesión, la escasa fuerza moral de muchos cuerpos, se debía principalmente á haberles despojado de sus mejores y más bravos individuos, para mandarlos al destacamento de cazadores".

Las lecciones de la guerra ruso-japonesa que desarrolla el teniente coronel von Tettau deben ser aclaradas en un punto. Dice: "Se equivocaría quien creyera que las victorias obtenidas por los japoneses en muchas batallas y combates se debieron á los ataques envolventes, que eran la característica. A pesar de la gran preferencia que nosotros tenemos por esta forma de ataque, la guerra ruso-japonesa no nos muestra pruebas de su utilidad. Los ataques envolventes de los rusos—Liao-Yang (2 de septiembre), Scha-ho, Sandepú—fracasaron por la poca tenacidad y timidez del mando ruso". A esto debemos decir, que cualquiera forma de ataque conduce á un éxito desgraciado, si se lleva sin energía y con timidez, sea frontal, sea envolvente. El traductor sustenta la opinión que en Vafangú el éxito táctico no se debió al movimiento envolvente, sino á la ruptura del centro, pero ello tuvo por origen una confusión ocurrida en el centro japonés hacia el fin del combate, de la que resultó la victoria de aquel día. Con la misma razón se podría afirmar que Leipzig fué una batalla frontal porque los aliados atacaron de frente á Napoleón, y todavía con más derecho se podría decir que si los aliados hubieran procedido bien, Leipzig habría sido un verdadero Sedán. También cabría sostener que Koniggrätz no fué batalla envolvente, porque la vanguardia de la Guardia, mandada por Constantino von Alvensleben, cayó en Chlum de frente contra la posición austriaca. El teniente coronel von Tettau habla también

del campo de batalla de Vafangú, en donde repetidamente se trató de envolver el flanco ruso, sin que se adoptara ninguna disposición adecuada para oponerse á ello.

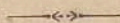
Si hemos insistido algo sobre este punto, no ha sido con el propósito de criticar la obra del autor, á quien hemos de agradecer el conocimiento de esa gran guerra de nuestros días, sino porque podría hacer creer que en nuestro ejército no hubiera unanimidad de criterio sobre el valor del ataque envolvente, y estuvieramos todavía en el caso de repetir las discusiones acerca de la materia, toda vez que Prusia ha adquirido ya sangrienta experiencia en Jena y Auersted, donde, según la expresión de Malachovski "la tentativa de flanqueo tan malos resultados diera, que fué cambiada por el ataque de frente". Ello es más de temer, porque las afirmaciones del general von Bernhardi en los dos tomos de su obra "La guerra moderna", podrían inducir á confusión. Las palabras del Reglamento de maniobras de Infantería, núm. 392: "El enlace del ataque frontal con el envolvente garantiza y asegura el éxito", son siempre ciertas. Lo confirma la experiencia de mil años á esta parte, y no puede alterar esta verdad el hecho de que frecuentemente se le haya dado en la práctica una interpretación demasiado parcial. No siempre se puede acudir al ataque envolvente, porque en la guerra hay que acomodarse á la situación, sea buena ó mala, y tomarla tal como se presenta. Pero sería una falta perder el tiempo en ejecutar un ataque envolvente, si el terreno fuera más favorable para una acometida de frente que contra un flanco, y peligroso emprender una amplia maniobra envolvente si no se cumplía la condición que expresamente exige para obtener buen resultado el número 392 del Reglamento de maniobras de Infantería: "La condición preliminar para el ataque envolvente es encadenar al enemigo en el frente. Hay que sujetarlo de un modo efectivo". En las maniobras es menester á veces dar proporciones exageradas á las maniobras envolventes, porque en esos ejercicios es fácil rechazar los ataques; pero de ello no se deriva ninguna disminución de la importancia del ataque envolvente.

Participamos de la opinión del teniente coronel von Tettau, cuando, refiriéndose á los japoneses, dice: "Sus planes, largo tiempo elaborados y preparados, los ejecutaban con energía; pero ante una situación imprevista quedaban detenidos; falta que debe imputarse al alto mando, que no estaba educado para adoptar resoluciones rápidas". El alto mando no estaba acostumbrado á manejar grandes masas de todas las armas, porque ello, en tiempo de paz, sólo se aprende en las grandes maniobras, y sin éstas no es posible mandar bien un ejército, por excelente que sea el soldado y el mando subalterno. En vano se buscaría, pues, la aparición de un genio en el campo japonés. La existencia de un hombre de semejante talla no es, por otra parte, absolutamente necesaria en la guerra. Napoleón dijo: "Para la guerra no es necesario ser un genio; ella exige exacti-

tud, carácter y claridad", y Moltke señala como la primera condición de un caudillo: "No debe á cada instante preocuparse de encontrar la mejor solución, sino ser consecuente y tenaz para obrar en una misma dirección, y de este modo podrá conseguir llevar siempre los acontecimientos á una feliz solución". En parecidos términos escribía ya Clausewitz: "Estamos muy lejos de ver grandes genios en la campaña, pues todo se reduce á un corto número de combinaciones sencillas y prácticas;" aunque en otro lugar aclara esta idea añadiendo: "en estrategia todo es muy sencillo, pero no por eso todo es muy fácil". Para los japoneses no era fácil todo lo que se les presentaba, por lo que conviene ser prudente en los juicios que se emitan sobre aquella campaña.

FREIHERR VON FREYTAG-LORINGHOVEN

(Del *Militär Wochenblatt*)



EL CARTUCHO DEL PORVENIR

Los alemanes se están preocupando hace tiempo de encontrar un cartucho que reuna dos cualidades al parecer antitéticas: poseer una gran fuerza de penetración que le permita perforar los escudos de artillería, y pesar poco para que pueda aumentarse la dotación del infante.

He aquí cómo se expresa acerca de esta cuestión un periódico alemán:

"La adopción de la bala en punta ha tenido como consecuencia un aumento notable en la precisión y en la fuerza de penetración, pero esta última no es todavía la bastante para perforar los escudos de acero del cañón de campaña á distancias superiores á 500 metros. Todos los ejércitos tratan de encontrar ese proyectil ideal. La bala de envuelta metálica no puede dar solución satisfactoria, puesto que se rompe en varias fragmentos al chocar contra un escudo. La bala completamente de acero, ya ensayada, no posee, á causa de su pequeño peso específico, la fuerza suficiente de penetración. De aquí que se experimentaran balas de punta de acero y balas de núcleo de acero. Las primeras tienen una punta de acero endurecido unida al núcleo de plomo por la camisa metálica habitual; cuando estas balas hieren un escudo, la punta de acero lo atraviesa, mientras que el núcleo de plomo se separa de su camisa metálica. El efecto producido detrás del escudo, solamente atravesado por la punta de acero, es insignificante. Los proyectiles de núcleo de acero se componen de un núcleo de acero endurecido y de una envuelta de plomo que rodea una camisa metálica. Al chocar estos proyectiles contra el escudo, el núcleo de acero lo atraviesa y continúa su trayectoria con una velocidad suficiente para poner fuera de combate á los sirvientes que encuentra á su paso. La camisa y la envuelta de plomo se separan en el momento del choque

sobre el escudo, lo mismo que con la bala de punta de acero. De consiguiente, según todas las probabilidades, el proyectil de núcleo de acero será la bala de infantería del porvenir. Los experimentos hechos en Alemania con balas de esta clase han dado muy buenos resultados.

“Otro punto que está hoy á la orden del día es el relativo á la disminución del peso del cartucho de infantería. Los combates de posición que en los tiempos actuales duran tanto, y las armas de fuego rápido, conducen á un gran consumo de municiones. Por otra parte, con la adopción de un fusil de carga automática, todavía será mayor este consumo de municiones; de suerte que si se aumenta el número de cartuchos que ha de llevar el infante, la carga que éste ha de soportar rebasará todo límite admisible. Además, el aumento del número de carruajes de las columnas de municiones producirá el alargamiento de los convoyes, á lo que se opondría el estado mayor de las tropas.

“El único medio práctico será disminuir el peso del cartucho. Como la bala, por razones de orden balístico, no puede disminuir apenas de peso, habrá necesidad de buscar esa disminución en el estuche, que actualmente es de latón y pesa 2 gramos. Los experimentos efectuados con cápsulas de aluminio no han dado buen resultado. En cambio los ha producido excelentes una aleación de cobre y aluminio. Se ha conseguido, igualmente, fabricar cápsulas con un acero aún más ligero, que ha dado pruebas de gran resistencia en los ensayos que han tenido lugar; su duración es también satisfactoria. Estas cápsulas no pesan más que 3 gramos aproximadamente, lo que da una economía de más de 8 gramos. La adopción de un cartucho de esta naturaleza haría posible que la dotación que lleva el infante aumentase en 70 á 80 cartuchos, sin crecimiento del peso total que ha de transportar.”



APUNTES PARA UN ESTUDIO MILITAR DE LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

(Continuación)

Después de la batalla

Los despojos que se cogieron fueron de verdadero valor y en gran número.

Carros, camellos, bestias de carga, vituallas, lanzas, alfanges, adargas, objetos de oro y plata, vasos preciosos, albornoces de rico paño, telas.

Todo ello fué recogido por mano de los esclavos y el generoso rey de Castilla lo distribuyó en su mayoría entre navarros y aragoneses, quedándose para sus hombres con una mínima parte.

La tienda en que se alojaba el Miramolin, fué enviada á Roma para trofeo de la gran Basilica de San Pedro, á Burgos la bandera del Rey de Castilla y á Toledo los pendones ganados á los infieles.

A los tres días del combate los cristianos se apoderaron de los castillos de Ferral, Bilches, Baños y Tolosa, pasaron á Baeza y Ubeda, plazas que tomaron á los morcs y obligados por el calor de la estación regresaron á Toledo, dando por terminada la campaña.

VI

*Vestuario, armas, material, castrametación, etc.,
empleados por el Ejército cristiano*

Infantería

La infantería, al decir de los escritores militares, "se componía con elementos del siglo anterior; es decir, con peones adargados, que usaban el escudo, lanza propiamente dicha, las enhartadas arrojadizas, la espada y el puñal, y con peones ballesteros y honderos, á quienes se daba un haber de cinco sueldos diarios.

Las armas defensivas eran: la cofia de armar, construida de lienzo y acolchada de algodón para modificar la dureza del yelmo y para que al soldado no le *contalasen los pelos*. Sobre ella se colocaba el almofar.

Venia después el yelmo, que se forjaban en Zaragoza con fama de ser los mejores. En ellos, y como ostentación, llevaban algunos pedrería fina.

Resguardaban el cuerpo con el *perpunte*, *techo con muchos dobleces é nudos*, y con el *gamby*, especie de jubón de lienzo y algodón, que cuando era de cuero curtido, recibía el nombre de coraza.

Usaban también la loriga ó *guarnisón*, con todos sus elementos, compuestas de lizas ó hileras de escamas.

Para las piernas se usaban las *trebuqueras* y sobre ellas las *brafoneras*, hechas de punto de malla de hierro.

Constituían el resto de las armas defensivas de la infantería, el escudo, pavés, tablachina y adarga.

Las armas ofensivas eran el alfange, la espada, la lanza, el puñal, misericordia, azcona, bisarma ó segur de dos filos, la porra con clavos tejedores, el martiello, la facha ó segurón simple y la plumada ó mango encadenado.

No es difícil conocer toda esta clase de armas y su funcionamiento, pues sus nombres son tan precisos y claros que lo indican sobradamente; por esta causa, sólo entramos en la descripción de detalles de aquellas armas ú objetos, poco conocidos en general.

Las ballestas y las saetas completaban el cuadro de tal clase de armas.

Caballería

La caballería, por cuanto afecta á los soldados, presentaba en su armamento las siguientes armas defensivas.

Cofia, almofre, yelmo, perpunte, belmez, loriga, algalota, trebuqueras, brafoneras, zapato ferrado, esporones, escudo, rengas, añafil y atabal, como instrumentos músicos propios del arma.

Las armas ofensivas estaban constituidas por la lanza, la azcona montera, el glave, misericordia, ballesta, saeta, carcax y porra.

Los caballos vestían la loriga, cobertura, teclum y sella corcera.

Castrametación

La disposición de los campamentos se acomodaba al terreno. La tienda del rey se colocaba en el centro y alrededor las de los capitanes, con intervalos entre las huestes y mesnadas.

Las tiendas de campaña eran redondas y de veinte cuerdas ó vientos.

Durante la permanencia del ejército en ellos se establecían centinelas y circulaban patrullas para la seguridad de las fuerzas.

“No estaba desprovisto de arte—dice un militar español—el modo de acampar de los cristianos españoles. El adalid reconocía el terreno, elegía el parage más á propósito y designaba el sitio que había de ocupar cada mesnada. Se circundaba el campo con parapeto formado de los carros que acompañaban al ejército ó con una fuerte empalizada.

“Los campamentos eran rectangulares ó circulares. Hasta que todas las huestes estaban dentro del campo, las mesnadas en compacta agrupación permanecían sobre las armas y ningún ginete, caballero, adalid, caudillo, ni el rey mismo se apeaban de sus caballos para entregarse al descanso.”

VII

Armas y vestuario de los moros

Los moros en su infantería tenían armas sumamente parecidas, por no decir iguales, á las de la infantería española; podían variar en detalles de construcción, riqueza, etc., pero la clase y el empleo era el mismo.

En la caballería había ya alguna diferencia debida á la especial organización de esta arma *sui generis* entre ellos, pero no era mucha.

Tales eran, como defensivas, la almeggia ó camisa, el gambay ó perpunte, el belmez ó túnica, los nucequies para defensa de brazos, el alpartaz ó loriga de malla, las brafoneras para las piernas y la albanega para la cabeza.

Entre las ofensivas figuraban el arco, las saetas, la lanza, gumia, alfange y azagaya.

Como vemos, no era mucha la diferencia entre el armamento de los dos contendientes; el de los cristianos dentro de su *pesadéz*, era más propio para la defensiva-ofensiva, y el de los árabes más conveniente para la ofensiva y no la defensiva que emplearon en la célebre batalla de las Navas de Tolosa.

VIII

ORGANIZACIÓN

Táctica y estrategia

Antes de ocuparnos de la táctica y la estrategia, demos una ligera idea de la organización que en aquellos tiempos tenía el ejército, organización rudimentaria y poco capaz para resistir porfiados empeños, como en ellos no jugara la fe y el espíritu religioso, capaz de las grandes epopeyas escritas en la historia militar de aquel periodo.

No quiere esto decir que se careciese de ella, lo que ocurría era, que sólo reunidos los contingentes para *hacer* las campañas, permanentemente no contaba el ejército más que con un reducido número de lo que hoy se llama ejército permanente y que entonces era en realidad casi profesional.

Sin embargo, ya en esta época se iba dibujando el esquema de lo que luego había de constituir este ejército permanente y ser base más tarde de las tropas profesionales.

Las fuerzas militares estaban formadas por las órdenes militares, los rico-homes de pendón y caldera, los súbditos de la iglesia, las mesnadas de los concejos y las de los ayuntamientos.

Todas estas entidades y personalidades, acudían á la guerra llamados por el rey, constituyéndose un ejército para campaña verdaderamente nacional, y en el que servían todos los españoles de los 20 á los 50 años.

Normalmente existían como tropas fijas, si tropas pueden llamarse, los *atalayeros* encargados de vigilar las fronteras desde las torres que se llamaban *atalayas*, situadas en puntos dominantes, y los *almogávares*, más definidos como soldados, y que tenían por misión realizar en los límites de los reinos, las razias y correrías que oponían á las que frecuentemente verificaban los sarracenos.

Eran guerrilleros sobrios, valientes, ágiles, y que realizaban su cometido con toda suerte de éxito.

Las dignidades principales del ejército eran el capdillo mayor y el adalid mayor, jefe de estado mayor moderno, que tenía, como ya hemos dicho en otro lugar, la obligación de establecer los campamentos (albergados), los telégrafos (*atalayas*), los centinelas (*relas*), escuchas, exploradores, emboscadas y guías.

Los caudillos eran los que capitaneaban las mesnadas y adalides los lugartenientes de los caudillos de mesnada.

Por regla general las formaciones tácticas escasean en este período, no se emplean en los combates, batiéndose en tropel los contendientes.

Las principales eran: el *Haz*, especie de formación en línea de batalla para esperar el choque ó para desbordar los flancos del contrario, el *cuneo* de aguda delantera y ancha zaga, el *muro* ó cuadrado, y la *cerca* ó corral para resistir la acción de la caballería. También formaban las *cítaras* ó alas, que empleaban para movimientos envolventes.

Y, por último, tenían el *trape*, cuerpo volante, independiente del grueso del ejército, que operaba según las necesidades del combate.

* * *

Por cuanto afecta á las marchas, copiamos del historiador militar señor Arrue lo siguiente:

“Nunca lo efectuaban sin ir protegidos por flaqueo y descubierta de almogávares, apoyados muchas veces por ballesteros á caballo y acompañados de peones armados de hachas y hoces para abrir paso en las malezas y bosques que dificultaban la marcha.

“Estos flanqueadores reconocían y ocupaban las alturas que dominaban el camino por donde avanzaba la hueste.”

La estrategia en estos primeros tiempos del engrandecimiento cristiano, florecía en su aspecto *natural* que podríamos decir.

Toda ciencia tiene dos aspectos, el presentido, el que se siente, ó natural, y el que se fundamenta después en los conocimientos peculiares de ella.

Este primer aspecto tenía la estrategia cristiana en estas epopeyas guerreras.

Al principio se valían los reyes católicos de mil medios y argucias para conseguir su fin; después empezaron á trazar planes determinados en la realización de su obra.

“Evitaban batallas campales, y cuando se decidían á conquistar una comarca enemiga, empezaban á devastarla en frecuentes algaras que de año en año eran más importantes y procuraban tomar por sorpresa ó escalada los castillos que defendían y determinaban en aquel territorio puntos estratégicos, y cuando dueños de todos ellos habían arrasado lo que no pudieron conservar, después de algunos años de intermitentes campañas, avanzaban en numerosa hueste á sitiar la capital de la comarca invadida.”

(Tales eran sus procedimientos en cuanto al orden de la estrategia.)

Continuará)

FEDERICO PITA
Capitán de Infantería